

MIRET MAGDALENA

LOS SANTOS, HOY Los santos, ¿para qué? Esta pregunta no puede ser contestada si antes no nos damos cuenta de la falsa imagen que de ellos nos hemos hecho los creyentes.

La concepción popular que existe acerca del santo es una mezcla de intuiciones acertadas y de exageraciones irreales. Unos creen que el santo es el que hace milagros; otros, que es un personaje insensible, prototipo de un resignado e inhumano estoicismo piadoso.

Pero —como dijo hace siete siglos Santo Tomás (en su tratado «De Potentia», q. 6)— cualquiera puede hacer un milagro, hasta, en casos límites, un hereje o un disoluto. No es el milagro, ni mucho menos, el distintivo único de la santidad. Si la Iglesia católica pide ciertamente que sus santos canonizados hayan hecho milagros, esto es después de haber probado —mediante un minucioso proceso— la heroicidad de sus virtudes, y no antes.

Como tampoco resulta ser la insensibilidad de carácter una cualidad del que es santo, como si absorbido por Dios se desentendiera de las preocupaciones humanas. San Agustín ha combatido esta frialdad estoica hace quince siglos afirmando: «No te jactes de tu insensibilidad... pues fueron reprobados los que vivieron sin aficiones». Esos santos sin corazón, con la mirada fuera de la tierra y para quienes el hombre es un medio de alcanzar a Dios, pero no consideran al ser humano como algo valioso en sí mismo, son falsos santos de pacotilla, y nada tienen que ver con el héroe cristiano.

El teólogo Padre Haering, el fino profesor romano de moral, lo ha dicho claramente: «El personalismo moderno es el personalismo de Adán, que fue el primer hombre que pretendió aislarse en la soledad sin fondo de su cerrazón egoísta. Y se manifiesta a través del egoísmo, de la pretensión de experimentar personalmente los encantos de la independencia total y de buscar la libertad y la vida en sí mismo: tratase de un personalismo que se sirve de los demás para el propio autoperfeccionamiento». (B. Haering, «Líneas fundamentales de una teología moral cristiana», Ed. Paulinas.)

Este personalismo pagano —de ayer o de hoy— es diametralmente opuesto al personalismo siempre abierto al otro del cristianismo. La desgracia es que la auténtica personalidad cristiana «reviste características muy diversas del ascetismo del siglo pasado», contaminado de personalismo pagano, que es el que casi únicamente hemos conocido los católicos en nuestra enseñanza espiritual hasta hace poco, como dice el Padre Haering. Por eso, el santo de nuestra época, que es a quien pone como modelo ahora la Iglesia de Pablo VI, es un modelo bien distinto del que critica este moralista católico, porque, ciertamente, el héroe de la personalidad egoísta centrada en sí misma sería un héroe pagano, pero nunca un santo cristiano, por mucha ceremonia religiosa de que se le rodee. Este jamás pretende primero «el enriquecimiento de la propia personalidad», sino «la apertura al tú...», saliendo al encuentro de la necesidad del prójimo; y llama por eso bueno no a la insensibilidad estoica del hombre que se cree superior, sino a sentir «el dolor que produce la miseria», o a la valentía de «enfrentarse con cualquier clase de injusticia». (B. Haering, o. c.)

Sí es verdad que entre el héroe pagano y el santo cristiano hay algo en común, que es lo que se llama la fuerza moral; ésta, sin embargo, se canaliza de muy distinta manera en uno y en otro. En aquél se centra en su propia personalidad de solitario, que pretende evadirse del mundo contaminado por la pequeñez, el dolor y la miseria; y en el otro se dirige hacia el bien de los demás por medio de la realización de la justicia para todos.

Porque no creamos que el santo es el hombre de la «buena intención» que va equivocándose por el camino de la vida, porque le da poco valor a ésta. Todo lo contrario: «El que actúa no debe solamente tener buena intención... sino que debe realizar las cosas como hace falta». (R. Guardini, «El santo en nuestro mundo».) Así «la imagen de la santidad de lo extraordinario» —siguiendo este camino constructor de un mundo de justicia y paz— tendrá un mensaje también para el hombre de

nuestro siglo, porque si se pone al día la santidad, como acaba de hacer la Iglesia, ésta «dirá al cristiano que la obligación de realizar una justa ordenación de la propiedad, una independencia con sentido, una relación sexual conforme a la naturaleza, y —a partir de ahí— todas las demás exigencias de una cultura adecuada», no se consigue por una suma de virtudes egoístas, centradas en sí mismas; o por una ordenación de la sociedad, fruto del egoísmo individual, o del acicate de la lucha competitiva, o del afán de lucro, sino solamente por el sacrificio de sí mismo, entregándose inteligentemente a los otros y a los problemas de los demás. «La moral cristiana... es una moral del amor»; en cambio, la moral pagana —añorada por muchos creyentes, más egoístas que cristianos— es la moral del auto-desarrollo enclaustrado en sí mismo, cerrado a los otros. (F. Leenhardt, «Morale Naturelle et Morale Chrétienne».)

Si las virtudes del santo no son, por tanto, los hechos externos espectaculares, ni el subjetivismo de las buenas intenciones, tiene que ser la obra bien hecha, la obra «como Dios manda». (R. Guardini, o. c.)

De ahí que a un dirigente cristiano le pedimos no sólo que no sea culpable subjetivamente, o que haya hecho las cosas de buena fe. Le pedimos mucho más: que intente seriamente hacer las cosas bien, y que se sienta culpable, en alguna manera, si no ha acertado en su misión. De ahí que, se quiera o no se quiera, una cierta inteligencia —como pedía San Pablo— está necesariamente unida a la caridad, al amor cristiano: «Que vuestro amor —decía ese santo— crezca cada vez más en inteligencia y acierto». (San Pablo, «Filipenses», cap. I, vers. 9.)

Por eso —con una enseñanza tan clara— no se concibe cómo muchos creyentes han comprendido la caridad sólo, o preferentemente, como un amor sentimental, y no como el motor vital que impulsa a la más radical realización de la justicia entre los hombres de un modo que sea permanente.

La Santa Sede, a partir del año 1916, ha colaborado explícitamente a esta concepción realista y eficaz de la santidad, interpretando de este modo abierto (con la triple actitud de apertura al prójimo, de realizar bien las cosas y de cumplir eficazmente su misión o cargo) la declaración previa que la Iglesia exige de «heroicidad de las virtudes» para que un creyente sea proclamado santo. Esta heroicidad del santo no es como la del sabio pagano: consiste «en el solo, fiel y constante cumplimiento de los deberes y oficios personales de cada uno». («Acta Apostolicae Sedis», 1922, pág. 23.) No es ni la espectacularidad en la propia vida, ni la simple intención bondadosa, por sincera que sea, ni ninguna otra actitud, o milagrosa por un lado, o enclaustrada en sí misma en el extremo contrario: es el doble cumplimiento del deber personal y de su función social en la vida. Es la obra bien hecha, la realización acertada de lo que la vida le encomendó.

No me basta, por eso, con saber que un gobernante cristiano es bondadoso, sino que tiene que acertar en su cometido. No me conformo, por tanto, con un católico que da palmaditas en el hombro a todos, sino con el que hace lo que debe de cara a los problemas humanos, aunque sea sentimentalmente poco atractivo. Hubo santos que no tuvieron esta aureola de atracción sensible —como lo recordó Pío XII durante la canonización de San Luis María Grignon de Monfort—, pero si su memoria debe perdurar será sólo porque hicieron algo por los hombres, sean como sean sus «public relations». Esto —el cumplimiento de su función en la vida de cara a los otros— es lo que principalmente se exige del santo para nuestro tiempo, y la Iglesia es la primera en exigirlo así en sus actuales canonizaciones.

No olvidemos por eso, al pensar en los santos, el dicho popular de que «el infierno está empedrado de buenos propósitos». Porque los santos, si lo quieren seguir siendo, lo serán porque sirven con su ejemplo a los hombres de hoy, como sirvieron los de ayer a los hombres de otras épocas. Dios no es para ellos nunca una pantalla, como lo ha sido para ciertos católicos muy espirituales, pero muy egoístas, sino un acicate para fijarse más y mejor en los demás y en la injusticia que existe en el mundo, con el fin de remediarla.